

Autoridades presentes, queridas amigas y queridos amigos, delegadas y delegados,

Hoy iniciamos nuestro encuentro en esta región que ha sido y sigue siendo para nuestro país el puente desde el cual el mundo y Chile dialogan desde hace cientos de años. Pero, más que un territorio definido por parámetros geográficos, es la expresión de un concepto que alude al Chile dual, al lugar en que se funden, en una unidad indisoluble la Cordillera con la Mar Océano de los audaces navegantes de antaño.

Cientos, miles de arboladuras y velámenes poblaron su puerto, llevando y trayendo, de ida y de vuelta, cargamentos de vidas y sueños, mezclados con los fardos de las mercaderías. Hoy, potentes grúas de largos brazos, levantan y bajan enormes contenedores en un ritmo incansable, desde y hacia los vientres de gigantescos barcos que surcan las rutas hacia otros mundos.

Por esta puerta ancha, en el mismo fin del mundo, entraron generaciones de inmigrantes, buscando nuevos espacios para vivir y existir. Desde sus muelles zarparon también muchos de los nuestros, en busca de nuevos hilos para seguir tejiendo el entramado de sus destinos. El Chile porteño, que asume y amalgama en una unidad abigarrada toda su larga historia y su presente, es el lugar ideal para abrirnos, en este día, al Chile uno y diverso, creación de todos.

Este mismo Chile, ha sido narrado, en sus territorios extremos y en sus ir y venir por las rutas oceánicas, por la voz enjundiosa y potente de un alquimista de la palabra, que ha sabido envolvernos en el cotidiano misterio del alma de los navegantes y exploradores de este fin de mundo. Hace apenas unos días se embarcó en su travesía definitiva.

Francisco Coloane se ha ido en silencio, sin despedidas bulliciosas desde el muelle, sin aspavientos, como siempre vivió. Pero hoy, con perdón tuyo, querido amigo Pancho, queremos recordarte y tenerte cerca nuestro, en este nuevo afán de construir tu tierra y la nuestra, con valor, ternura y renovadas esperanzas. Es por eso, que proponemos a esta asamblea de trabajadores del arte y la cultura que este encuentro lleve tu nombre.

Bienvenidos, amigas y amigos, al Tercer Cabildo Nacional de Cultura “Francisco Coloane”.

Al dar por inaugurado este III Cabildo “Francisco Coloane”, quisiera evitar las convenciones y el formalismo con el que muchas veces se convoca a esta clase de eventos desde lo institucional. Pretendo encauzar mi reflexión por los caminos de la aventura y de la imaginación, con la mirada puesta en el futuro, proyectando las políticas de la División de Cultura no a la luz de lo inmediato, o basándome en los logros de estos últimos años.

Quiero hacerlo desde la perspectiva de la historia futura, de los caminos que nuestros sueños nos convidan a transitar, cómo una invitación, dirigida a todos nosotros, a repensarnos desde la cultura.

En los últimos doce años nuestra sociedad ha venido realizando un esfuerzo sostenido para reencontrarse con su memoria colectiva, arrancarla del dolor, y por retomar el hilo de su historia republicana y democrática. No ha sido fácil, y aún dista de serlo, pero hay que redoblar nuestro compromiso y nuestro empeño en esta primordial tarea de reconstrucción del alma de Chile.

Esta empresa se ubica en un período de grandes y dramáticas transformaciones de la historia mundial. Frente a esta situación, la expansión de la inteligencia social y la capacidad de situarse sin miedo frente al mundo, constituye una variable esencial que no debemos ni podemos soslayar a la hora de consolidar nuestro sistema democrático a lo ancho de toda la sociedad, desde el Estado hasta la Comuna. Se hace imperativo lograr no solamente un crecimiento económico sostenido, sino un desarrollo que permita una vida digna, productiva e imaginativa de todos los ciudadanos, mejorando sus capacidades culturales, científicas y creativas de todo tipo.

La cultura se instala como un ámbito tan decisivo del desarrollo de un país, que se hace imposible concebir una sociedad moderna sin que sus instituciones, relaciones y prioridades no estén guiadas también por criterios de expansión de la creatividad, la sensibilidad y el arte, como reinvención de la vida y la existencia

Pero, a pesar de que hemos avanzado en muchos campos enmarcados dentro de la noción de desarrollo económico-social y que ha existido una clara relevancia y prioridad por los temas culturales, que van desde el fomento a la legislación, la investigación y la participación democrática, como país no podemos darnos por satisfechos ni sentirnos tranquilos.

Algo nos pasa. El último informe del PNUD constata demasiadas desconfianzas y dudas, demasiadas insatisfacciones respecto a la vida cotidiana, a la significación que le otorgamos a la noción de Chile y al destino personal y colectivo. Se trata de un informe muy valiente y sólido que nos enfrenta decididamente con el país real e interpreta con extraordinaria precisión y fidelidad muchas sensaciones que están allí, flotando encima y dentro de todos nosotros. Es un punto de partida indispensable para enhebrar desde allí nuestras reflexiones acerca de la cultura.

Si bien el crecimiento económico y el bienestar material que hace ya un tiempo se han visto afectados por la pérdida de dinamismo de la economía mundial, representan los medios para acceder a un mejor standard de vida, es indudable que la aventura de la existencia no puede agotarse en la producción y el consumo, aunque estos sea insoslayables, sino que debe extenderse a la generación de un “tiempo creativo” libre, que nos permita enriquecer nuestra vida cotidiana como sujetos y como comunidad social.

El mundo de las cosas, por más tecnicadas y apetecibles que sean, no puede reemplazar al mundo de las ternuras y de los afectos. Se juega en ello la salud de una comunidad social y la propia significación de nuestro rol como seres inteligentes y emotivos en el mundo.

Sostengo que muchas de las denominadas anomalías sociales, de las fugas hacia diversos despeñaderos por la vía del alcohol, la drogadicción, la violencia e incluso el ensimismamiento, son resultado del empobrecimiento de la noción colectiva de comunidad y de país. No se trata de un problema menor, se trata de una cuestión sustantiva, si queremos que la noción de Chile nos remita a un país moderno y no sólo modernizado, democrático y no sólo con instituciones democráticas; imaginativo y no sólo trabajador, pleno y no sólo satisfecho.

Una nación se manifiesta sobre todo en el ámbito del habla, de la comunicación, de la circulación de bienes simbólicos, que le dan amplitud y espesor a las relaciones sociales. Una comunidad dialogante y propositiva genera espacios para la creación y el debate, para la crítica y la reflexión, pero esencialmente reinventa la realidad. Se construyen nuevos desafíos que la impelen a nuevas formas de resolver las dificultades o de proyectarse hacia lo nuevo y desconocido, con valentía y convicción. Cuando, en la División de Cultura, comenzamos a fraguar el concepto de ciudadanía cultural, teníamos clara la filiación histórica de la categoría, pero era más lo que intuíamos que lo que la palabra aportaba por sí misma.

Hoy, estamos convencidos que el concepto y la aplicación de los derechos y deberes de la ciudadanía cultural en la sociedad implica, resignificar la vida, intervenir nuestro modo de ser y nuestra manera de ver el mundo, construyendo espacios colectivos para el goce de la creación.

Significa, también, reconocer la identidad que nos otorgan nuestras culturas tradicionales y ancestrales y asumir los extraordinarios aportes de la creación artística de los consagrados. Pero, créanme, también implica abrirnos con generosidad y audacia hacia todo lo nuevo que se está creando en el mundo del siglo XXI, no pidiendo cómo dádiva la posibilidad de ser protagonistas de ese fascinante proceso, sino exigiéndola a las instituciones de todo tipo y a nosotros mismos, como un derecho inalienable. Si no somos capaces de esto, estaremos condenados a una supervivencia creativa empobrecida y efímera.

Chile alberga muchas culturas, muchas propuestas estéticas, innumerables maneras de concebir la vida y de significar, con muy distintas miradas, el mundo de la naturaleza y la sociedad. Gocemos de esta enriquecedora convivencia de mundos posibles; dialoguemos con los pueblos indígenas a partir de la igualdad y de la convivencia, asumamos las propuestas juveniles como indispensables puntos de apoyo para mantenernos vivos, no estigmaticemos despóticamente a quienes se atreven a criticar lo consagrado.

Especialmente, no asumamos las censuras como males menores para la defensa de la democracia, porque no lo son. Venzamos nuestros miedos pasados y volvamos a confiar el uno en el otro, en la cooperación, en vez de destruirnos en los antagonismos de la competencia despiadada. Las mujeres y los hombres no estamos hechos de compartimentos estancos; no somos, por una parte sujetos económicos y, por otra, sujetos emotivos y culturales. Cada una y uno de nosotros conforma una totalidad compleja, que vive el misterio de su propia vida, única e irrepetible. Si se nos niega una parte, se amputa el conjunto; cuando se nos niega conocer algo, se nos impide ser inteligentes.

Desde la División de Cultura del Ministerio de Educación, creo que hemos logrado apoyar y fomentar, en algún grado, la expansión artística y cultural de nuestro país. Pero, como lo expresó alguna vez nuestro querido Carlos Cerda, al sugerir el título para el segundo gran informe de cultura de los noventa, aún “Chile está en deuda con la cultura”. Es bueno recalcar que estas deudas son, sin duda alguna, más onerosas que las financieras y su tasa de interés es más alta, cuando la creación es el sujeto del proceso.

Tampoco se trata sólo de una deuda institucional, aunque esto es absolutamente relevante, o de recursos financieros y de infraestructura; se trata, antes que nada, de que creamos, como nación, en la importancia de la cultura como eje de nuestra vida cotidiana y social.

Que ella debe ser no sólo prioridad de Estado, sino también de la familia y de la educación en sus diversos niveles, como fuente de conocimiento y de mejor calidad de vida.

Creo en la necesidad de ubicar, cómo tema fundamental de nuestra actual reflexión, las múltiples identidades de nuestras tan diversas regiones, con su patrimonio histórico, artístico y humano. Al mismo tiempo, sé que nuestra identidad cómo nación, no se puede preservar desde el enclaustramiento, el miedo; o al interior de una probeta esterilizada, para no ser contaminada por otros.

La identidad no es precisamente un conjunto de idénticos. Por el contrario, se construye a través de la conjunción de diferentes miradas y maneras de ser que, al ponerse en relación, logran producir una síntesis que sobrepasa con creces la suma de las partes. Nunca la identidad .es un lugar de llegada, en el cual instalarse y descansar. Es, por el contrario, un constante punto de partida, un puerto desde el cual emprender viaje hacia nuevos asombros.

No es un secreto para nadie, nuestra especial dedicación y predilección por la iniciativa de los Cabildos Culturales. También hay que decir que, para algunos, ellos han constituido un riesgo de desorden, de multiplicidad de voces, de caos propositivo. Les confieso que amo este riesgo, porque en él volvemos a encontrarnos cara a cara con nuestras comunas, con las verdaderas realidades de todo nuestro territorio, con el Chile real, sin mediaciones de ningún tipo.

Allí, es el mejor lugar para dialogar y debatir con franqueza de lo que hemos hecho y de lo mucho que aún falta por hacer.

Si alguien pensaba que era fácil que en poco tiempo la sociedad civil se dotaría de sus propias prácticas de asamblea democrática para desarrollar la cultura, estaba equivocado. Se trata de procesos que demoran y cuestan, esencialmente porque suponen un cambio en nuestros hábitos, porque tienen que romper desconfianzas, sospechas y descrédito para construir un accionar conjunto, basado en la reflexión fraterna. En esta misma línea, se ubican los primeros y exitosos pasos hacia el reencuentro cultural con el millón de chilenos que por distintos motivos viven en otras tierras, a través de los Cabildos Culturales de la Región XIV.

Ya los han realizado las comunidades chilenas de Suecia y Australia y están cerca de concretarse en Canadá, México y Argentina. Representantes de esas comunidades nos acompañan hoy en este Tercer Cabildo.

Todos estos esfuerzos son parte de algo mucho más grande, que sólo alcanzo a intuir, pero que evito conceptualizar porque las categorías a veces empobrecen la pasión y despojan la vida de parte de su poesía y de su magia. Nada de esto supone una visión romántica, sin asidero en la realidad, sin sufrimientos o dudas. Más bien, implica considerar a la vida como proyecto creativo que nos compete a todos. Al lado de los derechos políticos, de los derechos humanos que tanto han costado, emergen ahora con fuerza, los derechos culturales.

Si asumimos esta nueva realidad desde la conciencia y el corazón, tendremos la potencia histórica para producir los recursos materiales, conseguir la concreción de la nueva institucionalidad, los programas de fomento, la investigación, la gestión. En definitiva, para poner el mundo de los medios e instrumentos al servicio del mundo de los fines y de los sentidos. Quiero compartír con ustedes la convicción de que los creadores, los artistas que de diversas tradiciones y orígenes formativos aportan a la construcción de los valores simbólicos, tienen la consistencia, experiencia y madurez como para aportar sus sugerencias a la definición de políticas de Estado en cultura, tanto en forma directa como a través de sus representantes.

Jamás he creído, y no va a ser este el momento que cambie mi opinión, que los creadores sean malos gestores, como más de alguna vez se ha dicho, o dirigentes de segundo nivel. Sé, por una larga experiencia personal, que la creación en las condiciones de nuestro país y la de muchos otros ha sido posible porque los propios creadores han gestado sus condiciones de vida y realización estética.

Muchas de la mejores sugerencias en políticas culturales han provenido de los propios artistas. Ha llegado el momento de dejar de subestimar sus capacidades o de ubicarlos en roles subalternos. Sus propuestas son dignas de poder ser escuchadas e integradas a las políticas de gobierno a nivel central, regional y comunal.

El mundo artístico en nuestro país tiene la gran oportunidad democrática de hacer llegar directamente al Parlamento sus sugerencias respecto de leyes tan trascendentes para la República como la del Cine y la Música o frente a la propia Institucionalidad Cultural que se debate hoy día en el Senado.

La responsabilidad de orientar las políticas de la División de Cultura del Ministerio de Educación desde ya más de cinco años, ha significado para mí antes que nada un asombro, porque no me encontré con una rutina enajenante, sino con un trabajo que se entronca con la alquimia, con la construcción de insospechadas posibilidades, ahí donde muchas veces previamente habían sido negadas y con la detección de necesidades, incluso cuando estas aún luchan por emerger.

Esta urdimbre se ha podido tejer con la abnegada y constante dedicación de todos y cada uno de mis colaboradores, mujeres y hombres que han sabido entregar lo mejor de sí mismos en la hermosa tarea de construir alas para tantos sueños de mujeres y hombres que, muchas veces escondidos o menoscabados, construyen, día tras día, con “ardiente paciencia”, el alma de Chile.

Pero, también lo hemos recibido de ustedes que hoy están aquí, porque, en los momentos difíciles que han existido, hemos recordado la multitud de rostros de los Cabildos, los debates, las propuestas, las dudas y las certezas

Eso nos ha ayudado a no sentirnos solos, porque tenemos fé que este esfuerzo y constancia compartida, marca el inicio de nuestro reencuentro en un diálogo que, estén seguros de ello, se extenderá mientras existan, en nuestra tierra, hombres y mujeres que, como ustedes, asuman el riesgo de luchar por hacerla más hermosa y justa, por un Chile uno y diverso, creación de todos.

Gracias, muchas gracias.

Claudio di Girolamo

Viña del Mar, 15 de agosto de 2002